Perfiles Angloamericanos

Edgar Lee Masters

EN el año de 1914 una revista literaria de Chicago publicaba bajo el seudónimo de Webster Ford una serie de epitafios o biografías satíricas en verso que, por su aguda originalidad, su vívido realismo, su sangrienta ironía, chocaron al público lector y confundieron a la crítica. La nota era nueva en la literatura poética norteamericana. Audaz y nueva. So pretexto de relatar en epitafios las vidas de los extintos moradores de un típico poblado de Illinois, el autor se empeñaba en mostrar al desnudo lo que él ha creído es el alma de la clase media de su complaciente Democracia, con todas sus inconsecuencias y todas sus concupiscencias. Un año más tarde, la colección de doscientos y tantos bocetos se recogía en un tomo que con el título de *Antología de Spoon River*, veía la luz en Nueva York. Las ediciones se agotaban al salir de las prensas, y el público, indignado y ávido, pedía más de estos poemas que tan rudamente lo trataban. Calibán rugía al verse retratado, mas Calibán pagaba, pagaba largamente por la ampliación de su retrato. Su aplauso y su ira atestiguan la honradez literaria del autor, Edgar Lee Masters, que venía de Kansas y ejercía con éxito en Chicago la profesión de Leyes.

Spoon River destruía la leyenda de la romántica aldea norteamericana que tuvo su más lírica expresión en el acongojado Vachel Lindsay. Al levantar las sepulcrales losas del cementerio aldeano y hallar debajo de esas losas las más feas

verdades de la vida, Masters fué el primero de una interminable fila de escritores norteamericanos —poetas, ensayistas, novelistas— que encontraron su camino explorando los subsuelos rurales, penetrando hasta sus más opacos vericuetos, sacando a luz sus lóbregas miserias. En *Spoon River* presentó Edgar Lee Masters toda una combinación de hechos repulsivos de siniestras y vívidas personalidades, contra el obscuro fondo pueblerino. Para la cegata generación que había aceptado buenamente el gastado clisé del distrito rural como sede de todas las virtudes y todos los sosiegos, el libro de Masters era una blasfemia. Allí no aparecía el eglógico pueblo que medra a la sombra de sus campanarios, el pacífico refugio de la laboriosa clase media, el férvido hogar de la democracia gobernado por un espíritu de igualdad donde todos los hombres se miden por sus virtudes intrínsecas, que románticos poetas esbozaran. Allí, al contrario, se trazaba el cuadro gris de la aldea mezquina, cicatera, crudamente realista, donde imperan los gruesos apetitos de la civilización mecánica con todas las represivas tiranías de sus mentalidades de rebaño, sus farisaicas respetabilidades, sus moribundos credos. Con la aparición de *Spoon River* desaparecía de la literatura norteamericana la teoría de la aldea romántica y se iniciaba una nueva era, de rudo y humano realismo, que halló su más alto exponente en Sinclair Lewis.

Aunque fué la *Antología de Spoon River* el libro que le diera nombradía, Edgar Lee Masters no era un desconocido, sin embargo. Cinco tomos de versos publicados antes de *Spoon River* atestiguaban su sólida cultura, sus afanes de estudioso, el ancho vuelo de su espíritu torturado por mil contradictorias inquietudes. Mas estos libros apenas traspasaron las lindes parroquiales, y los que vinieron después no han tenido mejor suerte, con excepción de la *Nueva Antología de Spoon River* publicada en 1924 y en calidad, acaso superior a la primera. Las dos *Antologías de Spoon River* constituyeron la obra-cumbre de Lee Masters y tienen ya su puesto de honor en las letras inglesas. Aquí sólo se hablará de la primera *Antología*, como que ésta contiene lo más característico de su creación poética. Entre prosa y verso Lee

Masters lleva publicados alrededor de treinta tomos. Angustiosa y ponderosa labor llevada a cabo entre la mojigata indiferencia de Tartufo y el obsceno reír de Pantagruel.

Nació Edgar Lee Masters el año de 1869, en Garnett, poblado de Kansas. En su autobiografía—pobre de estilo y rica de verdades—el poeta trazó el bosquejo de su triste infancia. Y cuán vívidamente va evocando la colonial casona del abuelo, rodeada de pinos, con su piedra de molino en el solar antiguo, sus jaulas de canarios, sus desteñidos cromos, sus tierras labrantías, y allá contra los cerros cenicientos la ilímite pradera. Y el abuelo, figura escapada de un daguerrotipo, que lee la Biblia y los versos de Burns, y la abuela, romántica aún, que pone un retazo de color en la calvinista paz de la casona. Y el hogar paterno en Atterberry, en Petersburg, en Lewiston, sórdidos poblados de Illinois que fueron sin duda los modelos del *Spoon River* de su Antología y que aún hoy, al evocarlos, hacen que vierta hiel la pluma del poeta. Y en medio de esa atmósfera gris, el padre que alterna entre ingratas labores campesinas y la precaria profesión de la abogacía, y la madre que suspira por la calma puritana de sus nativos predios de New England. Luego, la escuela tristona a una legua del poblado, las largas caminatas para ir a la escuela, los ocios acribillados de ansiedades y el llenar los ocios del aprendiz de cajista en el periódico rural. La universidad más tarde, el estudio del Derecho, los primeros versos, la primera novia, los pecadillos a hurtadillas y, rodeándolo todo, nublándolo todo, asfixiándolo todo, la atmósfera pesada de antagonismo e incompreensión. Después, la vida abundante de las ciudades pecadoras, la lucha sin piedad, los éxitos profesionales, el matrimonio que derrumbaba los últimos baluartes románticos, y al fin, cuando la llama del entusiasmo se ha apagado y se traspone el meridiano de la vida, el triunfo literario.

Edgar Lee Masters recogió las mejores espigas de su vasta cosecha en los campos dorados de la Antología Griega y al pie del Parnaso aprendió el són castalio. En el libro sonoro y eterno en que hablan los muertos la lengua que hablaron los dioses y que murió con ellos, halló la cantera

milagrosa en que plasmar en tipos de hoy figuras duraderas. Y si no supo captar la melodía, la sencillez de la estructura, la conmovedora limpidez de la lira sepulcral de sus modelos, no habremos de culparlo porque esos fueron dones que Apolo legó sólo a los escogidos de Helicón. Es aquélla la voz rediviva de los muertos que callaron hace siglos, contándose sus horas en la belleza límpida del epitafio griego. La cortesana y la matrona, el pródigo y el usurero, el poetastro y el poeta, el actor cómico y el actor trágico, el pintor mediocre, la vieja entendedera, el galeno impúdico. El vicio, la virtud, la pequeñez, la hipocresía; lo deforme y lo excelso, lo recto y lo ruin, a todo le prestaron su voz maravillosa los bardos de la Hélade. Y de ese metafórico profanar de sepulcros para que hablen los muertos y relaten su historia en la comprimida virtud de un epigrama que pudiera grabarse en el espacio de una gema, sacamos la historia de la humanidad:

Aquí yazgo, Díon de Tarso: sesenta años he vivido.
Nunca nupcias yo contraje:
¡Y ah, el horror de que mi padre las hubiese contraído!

O este otro, que recoge en una estrofa la biografía común a todo ser anónimo, y que en la exquisita traducción de Cowper es diáfano y melódico como una gota de agua cayendo en un cristal:

¿Mi nombre? ¿Mi comarca? ¿Qué importan, pasajero!
y qué si mi linaje fué rústico o fué fiero?
Qué importa si en la fiebre de la rival carrera
yo fuera el derrotado o el vencedor yo fuera?
Y basta, pasajero: prosigue tu camino;
aquí ves una tumba: ya sabes su destino.

El poeta americano aplicó a su *Antología* el método de la Antología Griega y se sirvió de sus modelos para amasar sus caracteres con el barro humano de su aldea y en la corriente de su tiempo. En el cementerio del imaginario poblado de Spoon River que baña el diminuto río que con este nombre existe en una de las regiones ganaderas de Illinois,

y en cuya aparente paz idílica las horas discurren con el ritmo monótono del paso del rebaño, el poeta se dió a la tarea de desenterrar los muertos y hacerlos hablar en epitafios. Y los muertos hablaron. Los muertos contaron, uno a uno, la ingrata historia de sus vidas. Y a esa superficie de placidez eglógica fueron aflorando los triángulos perversos, los venenos mortíferos, las sordas intrigas, los mutuos y múltiples engaños, las colectivas injusticias, y se escucharon diálogos tremendos y surgieron situaciones de intenso dramatismo.

El beodo consuetudinario descansa al lado del prohibicionista que fulminó en vida contra el intemperante, y el juez al lado del criminal que condenó a la horca, y el que fuera campeón de las buenas costumbres ve cómo, en las cálidas noches estivales, los amantes jóvenes convierten su sepulcro en pecador tálamo. El abogado alcohólico a quien abandonó la esposa infiel y la esposa infiel a quien abandonó el amante; la mujer joven que a fuerza de reiteradas demandas amorosas mató al marido viejo para casarse con el púgil; la mujer de treinta años que se casó con el hombre de setenta para paternizar al hijo del amor clandestino; la inexperta moza a quien el celo de los varones justos llevó a la perdición; el juez que vendió la justicia y el miembro del jurado que por mandato del juez absolvió al criminal y condenó al inocente; el director del diario que usó de su influencia para corromper y falseó la verdad y hundió reputaciones y traficó con el escándalo; el pastor de almas que acumuló ganancias encubriendo delitos; el banquero de quiebras fraudulentas; el evangelista que violó doncellas; el inspector de escuelas que acreció su fortuna en especulaciones bochornosas; el loco que murió agarrotado por el guarda católico, todos yacen en el cementerio de la Colina de Spoon River, a todos midió ya la Muerte con su imparcial medida. Los buenos no abundan en ese cementerio. Tampoco abundan en la vida. Hay, sin embargo, también como en la vida, sacrificios callados, abnegaciones silenciosas, heroísmos dignos de imitar. Del cúmulo de reputaciones mancilladas surge, de cuando en cuando, un alto espíritu que nos hace olvidar por un momento

la sordidez ambiente: la prometida del tribuno que tiene desde su tumba humilde una oración noble de hermandad humana; la obscura maestra que memora al discípulo hundido en el fango de las babeles locas en cláusulas preñadas de emoción; el médico de alma apostólica que pena por el lisiado y el acongojado que socorrió en la vida; el niño a quien trituró la máquina y muere con una súplica dulce a flor de labio; los viejos esposos que enhebran palabras de afecto que se quiebran en una elegía...

Y así, al conjuro de la irónica pluma mojada en veneno, desfila todo un desfile trágico de espectros, toda una comedia humana en miniatura, las miserias todas que tuvieron un nombre y anduvieron un día por los desolados caminos de la tierra:

¿Qué fué d'Elmer y Hernán, y de Carlos y Alberto y Tomás,
el del alma débil y el del brazo fuerte,
y el histrión y el borracho y el púgil?
Todos, todos en la Colina yacen.

Consumió al uno la fiebre,
sepultó al otro la mina,
murió el uno riñendo
y el otro en la cárcel,
y por hijos y esposa afanando
cayó el uno de un puente,
y todos, todos en la Colina duermen, duermen, duermen.

¿A dó fueron tío Isaac y tía Emilia,
y Seigne Houghton y Tony Kincaid,
y el alcalde Walker que hablara
con los venerables varones de la guerra civil?
Todos, todos en la Colina duermen.

De la guerra los hijos vinieron ya muertos,
y a las hijas la vida aplastó,
y hubo huérfanos niños llorando—
y todos, todos en la Colina duermen, duermen, duermen.

Larga es la galería de humanos documentos en que la ruda mano del maestro puso de relieve, y con un vigor desconocido hasta entonces en las letras angloamericanas, cier-

tos aspectos de la vida aldeana de su inmenso país en el momento histórico que le tocó vivir. Masters conoció la cotidiana brega de la aldea, vió sus ocultas miserias, interpretó los sentimientos de sus moradores, y en la lengua idiomática y recia que hablaron plasmó sus biografías, prosaica y rudamente, mas no sin emoción. Sus caracteres por lo general no representan al artífice ni al soñador ni al emotivo, sino a las rudas gentes de un rudo poblado de su suelo natal—el albañil, el carpintero, el colector de rentas—y mal podía hacerlas románticas o sentimentales en lenguaje romántico o sentimental. Ello no implica, sin embargo, que los biografiados no fueran dignos del esfuerzo artístico del biógrafo, sin el cual la obra literaria, cualquiera sea su género, está condenada a perecer.

Como artista Lee Masters falla con frecuencia y falla por exceso de veracidad en el diseño. El poeta sucumbe ante el realista y el satírico se antepone al artífice. Su sinceridad es acaso su mayor defecto porque a ésta sacrifica la forma, tan indispensable a la obra de arte. Su verso, que en ocasiones apenas se distingue de la prosa, es inarmónico, pesado, y raras veces alcanza la síntesis de la absoluta poesía. El oído, atento al sordo rumor de la tragedia humana que afloraba en la paz engañosa del villorrio, no supo percibir el susurro de las hojas en el viento, la queja del ave en la rama del árbol que sueña a la orilla del río, aunque éste sea el turbido Spoon. En su afán de dar al traste con las clásicas formas, los trajinados metros, las preciosistas vacuidades,

Semillas en cáscaras secas, tic, tic, tic,
tic, tic, tic, como motas armando pendencia—
y yámbicos versos endebles que mueve la brisa
y en los pinos tocan sinfonías.
Octavas, cuartetos, rondeles, rondós,
baladas sin cuento y el mismo motivo...

.....
¡Y entre los pinos ruge la voz de Homero y de Whitman!

el poeta se adentra por los áridos surcos que quiere evitar, y caen sus números, pesada y rudamente, con el duro caer de los granos en el terco terrón. Que Homero y Whitman no

cantaron en rimados cuartetos preciosistas lo sabemos todos, pero también sabemos que cuando Homero *pensó en su corazón*, y cuando Whitman soltó al viento sus líricas y blancas elegías, nos dieron un ritmo que, como el del mar, es siempre igual y vario siempre. Masters encontró poca belleza por los aldeanos caminos de Spoon River, y pensó sin duda que hablar allí en belleza sonaba a cosa falsa, estaba fuera de lugar. Quizá tuvo razón. Su lira, además, tenía un crespón funéreo y cuando el bardo anduvo por los sonoros caminos de la Hélade sus miradas se enredaron, no en las rosas del huerto de Anacreonte, sino en el ciprés talar que crece entre los sepulcrales epitafios de la Antología por donde lo condujo Meleagro de Gadara. Más que con Anacreonte, el poeta americano pensaba en esos momentos con el trágico Shakespeare, el de Ricardo Segundo:

*Of comfort no man speak:
Let's talk of graves, of worms and epitaphs;
make dust our paper, and with rainy eyes
write sorrow on the bosom of the earth.
Let's choose executors and talk of wills...*

Mas también tiene *Spoon River* sus grandes y líricos momentos en que el verso fluye cadencioso y límpido, y en la tierra hay primavera y en el alma hay juventud, y el délfico Apolo aprisiona en sus brazos la gloria del instante que pasa:

Oh, cuán vano, Juventud,
desoír la llamada de Apolo!
Arrojaos a la llama
y morid con el canto de la primavera,
si hay que morir en primavera.

Si hay que morir en primavera... Porque el délfico Apolo, aunque sea en Spoon River, y ante la unánime sonrisa despectiva del cambista, el juez y el Club Rotario, aún tiene sus férvidos discípulos que hacen mofa de las organizadas dignidades y, niños que son, no toman nada en serio, ni siquiera la respetabilidad oronda del banquero. En cambio, la voz de otros hombres los retiene, y otras inquietudes, que

los banqueros desconocen, los torturan. Y a la hora de los crepúsculos solemnes suelen trenzar palabras en el viento, palabras que el viento va llevando por los incógnitos futuros...

Spoon River es una de las obras más reciamente originales de la literatura poética angloamericana. El poeta-abogado creó allí caracteres que viven la vida larga de las creaciones nobles, y si en ocasiones falla como artífice, es porque el realista que hay en él no quiso vestir de seda los andrajos. En cambio, por toda esa galería de almas frustradas, cuánta piedad hacia el caído, cuánto sarcasmo para los ídolos de barro, cuánta piadosa indignación contra las traficantes religiones, cuánta verdad que grita entre la sórdida mentira. *Spoon River* fué el primer grito de revuelta contra la hipócrita paz del villorrio americano, contra el puritanismo sin espíritu, contra los santificados optimistas de un sistema económico que ya se desmorona. Y no fué desde la torre de marfil del esteta que observó Lee Masters la tragedia del millón anónimo, y vió cómo las fuerzas sociales y económicas del aciago momento que vivimos destrozan la existencia de los hombres, despojándola de toda belleza, sino desde los míseros caminos por donde pasa esa tragedia, desde la obscura encrucijada donde el hambre y el crimen se acurrucan, desde los pórticos del templo donde resuena el profano tumulto del mercado y fariseos y escribas se disputan rencorosamente las monedas. Porque Edgar Lee Masters anduvo por allí. Su oficio lo llevó por los andurriales todos de la comedia humana, y de allí su alma grande de poeta extrajo el motivo de su canto, lo vistió de emoción, lo hizo actual, de permanente actualidad. Detrás de sí quedaba un desastre vasto de carcomidos credos, un mundo que la civilización mecánica tritura y busca desesperadamente una válvula de escape a su tremenda fuerza espiritual, un latente descontento contra el materialismo que destruye las más altas cosas de la vida.

A. ORTIZ-VARGAS,
Newburyport.